

editorial

De pronto, el futuro se oscureció por completo, decíamos en el último editorial. Corría el mes de mayo de 2020, y toda previsión había sido cancelada por la emergencia de la pandemia. Un acontecimiento: nadie lo vio venir, y de pronto el tiempo se había salido de sus goznes. Sólo quedaba ver si estaríamos a la altura. Seis meses después, el futuro se empieza a entrever bajo la forma de una vacuna cargada de incertidumbres (objetivas y subjetivas), pero que inyecta fuertes dosis de esperanza en aquel escenario desolado. Si bien aún brumoso, si bien aún tras un vidrio esmerilado, si bien tras un camino plagado de cadáveres, sufrimiento, desasosiego y soledad, el porvenir parece desperezarse. El presente, pese a ello, continúa desquiciado, quizás más aún que entonces, azotado por los meses de encierro (ese encierro que también está cuando estamos afuera, que nos acompaña cuando lo rompemos, por motivos más o menos esenciales), de miedo, de ruptura de la cotidianidad, de pérdida del contacto con otros cuerpos y pieles, de cotidiana conciencia de toda la precariedad de nuestra existencia, y de la humanidad toda, de anillo en anillo del infierno, de nosotrxs, privilegiadxs aún en nuestro dolor y nuestras carencias, hasta lxs más desamparadxs en su hacinamiento y cara a cara con el horror, el hambre y la muerte. Nos aturden la inmediatez de los sentimientos, las urgencias, la zozobra, lo intolerable de una situación que no cesa de prolongarse y cuyo final se hunde en las brumas (como esas pinturas chinas donde no se ve ni la base ni la cima de los edificios). Todos los límites se difuminan en el encierro: trabajo y esparcimiento, familia y escuela, lo intolerable y lo aceptable. La

absolutización de los límites espaciales (externos) acarrea el borramiento de los personales y sociales. Sólo lo esencial, decimos. Pero, ¿qué es lo esencial? ¿Cuál es la *esencia* de lo esencial? La pandemia distorsiona todo, y la distorsión arroja sus temblores en nuestra percepción, nuestra sensibilidad, nuestro entendimiento, nuestra razón. El caos amenaza nuestra subjetividad, nuestras relaciones e incluso el orden social.

Es difícil construir conceptos en este contexto. No hubo apocalipsis, pero tampoco sucedió lo que se podría desprender de las fantasías optimistas que anunciaban un derrumbe del capitalismo, un resurgimiento inexorable del Estado en la práctica y en el sentido común, un renacimiento de la naturaleza ante el *lapsus* forzado de su acoso por parte del hombre y sus máquinas, y otras utopías mundanas. Las intervenciones de los vivillos que ya lo habían visto todo, para quienes nada es acontecimiento sino todo previsión que confirma sus presagios oscuros, tampoco aparecen como tierra fértil para el pensamiento y la exigencia ética de estar a la altura del acontecimiento que nos atraviesa. Nuestro lado nihilista se despierta: todos los límites se difuminan, y de pronto todo da lo mismo.

Estas páginas editoriales -ya lo hemos dicho- surgen siempre de reuniones donde intentamos ejercer el pensamiento colectivo, luego pulidas y repasadas en intercambios escritos, casi epistolares. La reunión virtual de esta vez se tornaba sin cesar en una instancia de catarsis, donde primaban sea el relato de nuestra experiencia personal, sea nuestra evaluación sobre la gestión gubernamental de la crisis sanitaria. ¿Cómo extraer de allí algún concepto? Tan ahogadxs, tan abrumadxs. ¿Y si no hay nada que podamos *pensar*?

El desarrollo de la pandemia parece enfrentarnos a una doble pinza: por un lado, un imperativo moral-sanitario, un imperativo medicinal-kantiano que nos exhorta a mantenernos estrictamente aisladxs y a pugnar por su universalización, por la concreción de una sociedad de seres humanos libres donde todxs actúen por deber, sin cesar, al menos hasta que esto termine, respetando una cuarentena estricta, y exigiendo al Estado que despliegue los más sofisticados e inclementes dispositivos de disciplina y control para hacerlo realidad a través de la coacción; por otro lado, el nihilismo libertario donde “ya fue todo”, hacia el cual nos arroja la imposibilidad de cumplir ese deber ser puro, y en el que cualquier acción está justificada por la nada, la ausencia de valores y perspectivas.

La razón nos acerca al primer polo, pese a que implica un gran desapego con los afectos y nos convierte en vigilantes, juzgadores e impulsores de castigos a quienes no cumplan con ese imperativo moral-sanitario; nuestra sensibilidad y nuestros cuerpos se inclinan hacia el segundo, ante nuestros ojos sin embargo horrorizados por sentirnos tan cerca de sus exponentes más radicalizadxs, lxs que se arrojan desenfundadxs a la quema de barbijos y la indiferencia ante la muerte y el sufrimiento del otrx, en una suerte de dramatización de un *señor de las moscas* global.

Es cierto que desde ambos polos se han observado aportes y signos benéficos. El Estado no sólo fue herramienta de sometimiento, la sanidad no fue sólo control al servicio de un deber ser inclemente. Hubo apoyo, rescate, planificación, contención de daños. La medicina nos fue trayendo profilaxis, tratamiento y perspectiva de inmunización. El accionar del Estado, a veces invisible, pero mayormente *invisibilizado*, evitó que la situación social estalle en un contexto de aumento de la desocupación, la pobreza y la vulnerabilidad (secuelas de un esquema neoliberal de concentración y exclusión). Hubo, claro, insuficiencias, demoras, fallos. Pero el elefante reumático sostuvo un universo social que se desmoronaba. En el otro extremo, las bases no sólo produjeron reclamos libertarios irracionales o deseos privados como salir a correr, cenar en un restaurante aunque sea clandestino y tomar cerveza en bares. También diversas militancias encontraron en la adversidad la ocasión para visibilizar reclamos que, al mismo tiempo, se hicieron más urgentes que nunca: se puso en el tapete la concentración de la riqueza (mientras la diferencia entre lxs más ricxs y lxs más pobres se sigue incrementando); se arrojó luz sobre las nefastas condiciones habitacionales de lxs más desposeídxs y el hacinamiento en las villas miseria; se amplificó la lucha por un techo y una parcela de tierra donde poder desarrollar las condiciones mínimas de existencia; en el área de la salud mental, cobró fuerza la denuncia del encierro como herramienta terapéutica hegemónica; la militancia trans logró amplificar la escucha de su precaria situación como colectivo, encontrando un amparo vital en el decreto presidencial de cupo laboral estatal; en ecología, el grito de la tierra alcanzó estridencia inédita y las militancias ambientalistas abrieron perspectivas de hegemonía, en tanto, por una parte, la pandemia no puede ser escindida del modo de

producción alimenticio a nivel global; y en tanto, por otra parte, la conciencia de que estamos cabalgando sobre la espalda de un tigre se puso en evidencia incluso para ojos testarudamente cerrados (con los incendios forestales y las zoonosis como algunos de sus índices).

Más allá de estos resplandores promisorios en cada una de sus pinzas, la encrucijada entre el imperativo sanitario y el nihilismo libertario nos pone una y otra vez ante una alternativa imposible. La respuesta filosófica más atinada ante los dualismos fatales es desmontarlos, y hacer aparecer no una vía intermedia (que sólo confirma el dualismo de origen), sino una nueva manera de pensar la cuestión donde ese dualismo pierda su sentido. El rol del saber médico (y científico en general) debe encontrar un lugar nuevo en una constelación que no lo condene al púlpito del deber ser (y de hecho, en el discurso de lxs epidemiólogxs y virólogxs se observa crecientemente este desplazamiento). La libertad debe encontrar en la comunidad su lugar de desarrollo y potencia, y no de debilitamiento y servidumbre (solxs, aisladxs, es cuando somos siervxs, desamparadxs ante la razón del más fuerte que no es nunca la nuestra). El espacio donde eso es posible es un Estado orgánico (concepto al que nos hemos referido en editoriales anteriores, y cuya determinación progresiva es uno de nuestros objetivos).

Ocurre que la doble pinza entre el deber ser y el nihilismo reconstruye la versión dogmática del Estado, como un más allá de fundamento trascendente, que dicta una ley cuyo absurdo constitutivo Kafka mostró con tanta destreza, frente a un pueblo anárquico que, librado a sí mismo, no puede más que auto-destruirse. Lxs médicxs aparecen en esa cosmovisión como parte de una fría burocracia, abocadxs desde la autoridad incuestionable de su saber a someter a la población a torturas constantes y desapasionadas. Se trata del modelo vertical, que nunca dejó de depender del modelo teológico-político, y que encontró todas sus paradojas cuando el *Deus* se reveló *Mortalis*. Si ése es el “sino” del Estado, si la única alternativa es una inmanencia donde reina un capitalismo que se come como bombones todos los intentos de auto-organización librados a su propia potencia, si se trata de un Estado despótico escindido de un pueblo que es sólo un objeto lejano y prescindible de sus propios fríos fines, entonces todo está perdido. Terrible nihilismo: ése que no cesa de apoderarse de nosotrxs ante la pandemia, el encierro, el quiebre de

la rutina y la imprevisibilidad del futuro, donde la catástrofe climática, el incremento sin cese de la desigualdad, la miseria, la crueldad, dejan de ser motivos de luchas para transformarse en cinismo y carcajadas viles. Al final, todo da igual.

Arrancarse de ese cinismo y de esa desesperanza exige romper con la doble pinza. Dicho de otro modo: la encrucijada de la pandemia muestra el sentido práctico de una disputa ontológica. Allí donde la tradición puso como problema ontológico la *articulación* o la *mediación* entre lo empírico y lo trascendental, entre el cielo y la tierra, entre el alma y el cuerpo, aparece la necesidad de desmontar todas esas disyuntivas, de denunciarlas como falsos problemas. Volviendo a formularlo en términos pandémicos: no se trata de articular el Estado (su gestión sanitaria, su capacidad de auxilio financiero, sus políticas públicas, etc.) con demandas que le son extrínsecas (sea desmembradas en individuos, sea agrupadas en organizaciones de base), sino de concebir un Estado orgánico donde todas sean dimensiones inmanentes y esencialmente constitutivas. El Estado (global) y la ciudadanía (local) múltiple y heterogénea, son anverso y reverso necesarios, y lo que tenemos “abajo” debe ser una dinámica ciudadana que se sienta y se sepa partícipe de esa totalidad orgánica. Aún cuando (o sobre todo porque) esa totalidad o globalidad sólo existe de modo proyectivo, espectral o problemático. Los reclamos y reivindicaciones de los activismos que señalamos más arriba deben ser acogidos por una instancia estatal, y esta instancia debe, al mismo tiempo, establecer los claros *límites* que impidan que todo dé lo mismo. No hay sentido si cualquier límite puede ser franqueado de acuerdo al arbitrio individual o corporativo.

Hay que ponerle a ese gato el cascabel. Pero ponerle el cascabel al gato implica hacerse cargo de la mano que pone, es decir, desenajarse de la condición de sujeto prístino e independiente que un día alza la mano del imperativo moral sanitario para condenar a sus pares y que al siguiente rechaza cualquier connotación individual que inhiba su falsa libertad etérea. Hay que hacerse cargo de la inmanencia de los límites y del grado vinculante que entretejen en la esfera de horizontalidad y en el momento institucional vertical: la transformación de un Estado que absorbe y canaliza las exigencias que bullen desde abajo conlleva la transformación del tejido social así como de las subjetividades que se ficcionan como estando por fuera del proceso. Si la crisis demanda un Estado presente y que

actúe, pese a que con ello no logre colmar el vacío o neutralizar completamente el caos, del mismo modo la crisis exige un reconfigurarse a fondo como elementos de un entramado social-comunitario y, en este sentido, rever posiciones que se agrandan en el clima de distorsión pandémica.

Esta acción del Estado debe tener lugar tanto a nivel local como también *necesariamente* (aunque roce en esta exigencia la utopía y la desesperanza) a nivel global. La inequidad social creciente, las condiciones miserables de vida de una mayoría en expansión, el daño al planeta en el que vivimos cuya tragedia se incrementa día a día, hora a hora, son cuestiones que emergen de la militancia micropolítica, pero que sólo pueden obtener una respuesta macropolítica (estos planos, una vez más, no se oponen como disyuntivas sino que se entrelazan en la lógica de lo real). Frenar la avidez de la lógica capitalista se hace más urgente que nunca. El camino teórico clave para encaminarnos hacia allí es superar el nihilismo y desmontar las falsas disyuntivas con las que la brujería capitalista devora todo lo que se le opone.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea